

Carta del Abad General OCist para Pentecostés 2023

“¡PERMANECED EN MI AMOR!”



Queridos hermanos y hermanas, con esta Carta de Pentecostés quisiera concluir mi meditación sobre el discurso que el Papa Francisco dirigió a nuestro Capítulo general el 17 de octubre de 2022, profundizando ahora su invitación a vivir nuestra vocación en la gran sinfonía de la Iglesia.

El corazón del Resucitado

En el capítulo 15 del Evangelio según San Juan, Jesús nos dice algo extraordinario que debemos meditar constantemente: “Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor” (Jn 15,9).

Jesús nos lo da todo. No puede haber don más grande y hermoso que ser amados por el Hijo como el Hijo es amado por el Padre. El don del Espíritu Santo, el don de Pentecostés, es la comunicación de este Amor trinitario, que nos da el Padre por el Hijo, y que anima a la Iglesia.

La aparición de Jesús resucitado en el Cenáculo, la tarde del día de Pascua, representa este don: “Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos»”. (Jn 20,19-23)

Hace poco me invitaron a celebrar una jornada de reflexión para la vida consagrada en Lituania, en la ciudad de Vilna. Allí hay una iglesia abierta día y noche para la adoración perpetua y se venera la primera imagen de Cristo Misericordioso que se apareció a santa Faustina Kowalska. Es el icono del Resucitado que se apareció la noche de Pascua, tal como se describe en el Evangelio de Juan. A nuestros místicos cistercienses también les gustaba contemplar al Señor que desde la Cruz y después de la Resurrección nos acoge en sus llagas siempre abiertas, signo indeleble y fuente inagotable de su amor infinito por nosotros pecadores.

En aquella iglesia de Vilna percibimos que el Señor que se aparece en la tarde de Pascua permanece presente para nosotros, como fuente de amor, de alegría y de paz, insuflando sobre nosotros y sobre el mundo el don del Paráclito. Jesús siempre nos espera, siempre nos atrae hacia esta fuente, para hacernos también a nosotros instrumentos del resplandor de su amor misericordioso en el mundo.

Los ojos de la esposa

Pero en la escena del Cenáculo en la noche de Pascua, queda claro que todo este misterio tiene una conexión inalienable con la comunidad de los discípulos y su unidad. Lo comprendemos a través de la ausencia y la incredulidad de Santo Tomás. Jesús no quiso manifestarse a Tomás en privado porque los apóstoles deben ser los primeros testigos de que la forma cierta de la presencia del Resucitado es la comunión de la Iglesia. El secreto para ver a Jesús y creer en Él no está en las capacidades o cualidades de una sola persona, sino en la voluntad de compartir la fe con los hermanos. Los ojos de la fe ven a Cristo junto con los demás, como nos ha recordado el Papa Francisco. Cada uno de nosotros, si quiere ver al Señor, está llamado a adherirse a la mirada de la Iglesia, que tiene ojos de esposa que se llenan de alegría al ver al Esposo. Como sucedió en la tarde de Pascua: “Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor” (Jn 20,20). Sólo adhiriéndose con humildad y gratitud a esta mirada común se vive la fe con alegría, es decir, con amor que se alegra por el Amado. Uno se adhiere verdaderamente a la fe de la Iglesia cuando ésta nos permite encontrar en Jesús la alegría del corazón compartida con los demás.

Siempre pienso en esto cuando veo a nuestros hermanos de Etiopía vivir la liturgia festiva cantando y bailando llenos de alegría, a menudo junto al pueblo cristiano, como experimenté recientemente en Mendida celebrando el centenario de la fundación del monasterio lazarista que más tarde fue confiado a los cistercienses. La misa duró casi cinco horas: una verdadera fiesta de las bodas del Cordero. La alegría para el Esposo era toda la belleza de la Esposa. A menudo, en nuestras liturgias nos limitamos a una belleza formal, o nos lamentamos si ya no podemos expresarla, olvidando que la verdadera belleza del rostro humano es la alegría, la sonrisa, no su forma. Nunca olvidaré el rostro de un muchacho extremadamente desfigurado y deforme que conocí hace años. Nunca había visto un rostro tan bello porque estaba lleno de la alegría de conocer a los otros. Porque el verdadero rostro del hombre está en su corazón. Porque “el hombre mira la apariencia exterior, pero el Señor mira el corazón” (1 Sam 16,7).

Alegría sinfónica

La alegría cristiana es, por tanto, siempre sinfónica. Es una alegría que cada uno de nosotros percibe si acepta hacerse instrumento de la gran sinfonía que el Espíritu Santo suscita siempre en la Iglesia.

El Papa nos dijo en la Audiencia que la observancia común de Cristo “comporta un compromiso constante de conversión (...) de una comunidad *autorreferencial* a una comunidad *extrovertida*, en el buen sentido de la palabra, acogedora y misionera. Este es el movimiento que el Espíritu Santo busca siempre imprimir en la Iglesia, actuando en cada uno de sus miembros y en cada una de sus comunidades e instituciones. Un movimiento que se remonta a Pentecostés, el “bautismo” de la Iglesia. El mismo Espíritu

suscitó entonces y sigue suscitando una gran variedad de carismas y formas de vida, una gran “sinfonía”. Las formas son muchas, muy diferentes entre sí, pero para formar parte de la sinfonía eclesial deben obedecer a este movimiento de salida. No un caminar caótico, sin un orden determinado: una caminar juntos, todos en sintonía con el único corazón de la Iglesia que es el amor”.

El único corazón de la Iglesia es el amor de Cristo que une a los discípulos y al mismo tiempo los envía: “«Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo»”. (Jn 20,21-22).

La urgencia que el Papa nos ha comunicado es la misma que Cristo comunicó a los apóstoles y, por tanto, a toda la Iglesia: la de vivir nuestra vocación centrados en el único amor que abraza a toda la humanidad.

La metáfora de la sinfonía nos ayuda a comprender cómo debe suceder esto, porque “sinfonía” significa tocar juntos. Esto implica unidad, pero una unidad que irradia, que resuena, que se difunde. En la sinfonía, los instrumentos tocan juntos para resonar más, para irradiar mejor la belleza de la música. Jesús también pidió a los discípulos que se reunieran en el Cenáculo para recibir el Espíritu, que inmediatamente les envió al mundo.

Cómo debe suceder esto en nuestras comunidades y en nuestra Orden, sólo podemos entenderlo si buscamos ante todo la unidad, la comunión en la oración y la vida fraterna, lo que Jesús pidió a los discípulos antes de subir al cielo: “Para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado” (Jn 17,21). Cuando obedecemos a Cristo, que pide la unidad, el Espíritu Santo nos capacita para irradiar al mundo la belleza del Evangelio. Quienes consienten la unidad en Cristo reciben del Espíritu la gracia del amor universal, la gracia de irradiar a Cristo al mundo.

Debemos agradecer que la generosidad de nuestros hermanos trapenses de la abadía de *Notre Dame des Neiges* haya transmitido a nuestras hermanas de Boulaur su monasterio, en el que entró san Carlos de Foucauld, el santo de la “fraternidad universal”, y al que permaneció siempre afectivamente unido. ¡Dejémonos regar por esta savia preciosa, tan querida por el Papa Francisco!

El don de la diversidad

Por tanto, todas las diversidades que nos caracterizan, el Papa nos invita a vivirlas precisamente como una invitación a encontrar la unidad en Cristo y no en lo que somos. Vivir la sinfonía de la Iglesia significa armonizar todas las diversidades en la comunión del único Cuerpo de Cristo que el Espíritu vivifica.

Aquí vale la pena citar ampliamente el discurso de Francisco, tomando en serio su insistencia en este punto:

“Como los Doce, que siempre estaban con Jesús y caminaban con Él. Ellos no se habían elegido a sí mismos, Él los había elegido a ellos. No siempre fue fácil llevarse bien: eran diferentes entre sí, cada uno con sus “aristas”, y su orgullo. Nosotros también somos así, e incluso para nosotros no es fácil ir juntos en comunión. Y, sin embargo, no deja de asombrarnos y alegrarnos este don que hemos recibido: ser su comunidad, tal como somos, no perfectos, no uniformes, no, no así, sino con-vocados, implicados, llamados a estar y caminar juntos detrás de Él, nuestro Maestro y Señor. (...)”

Volviendo a la imagen –o más bien al sonido– de la sinfonía, ustedes se proponen abrazar el gran respiro misionero de la Iglesia valorando también la complementariedad entre lo masculino y lo femenino, así como la diversidad cultural entre los miembros asiáticos, africanos, latinoamericanos, norteamericanos y europeos. Os animo en este camino, que no es fácil, pero que sin duda puede ser un enriquecimiento para las comunidades y para la Orden. Os agradezco el compromiso con el que cooperáis en el esfuerzo que toda la Iglesia realiza en este sentido en cada Comunidad particular: hoy, la experiencia del encuentro con la diversidad es un signo de los tiempos. La vuestra es una contribución preciosa, particularmente rica, porque, debido a vuestra vocación contemplativa, no os contentáis con acercar la diversidad a nivel superficial, sino que la experimentáis también a nivel de la interioridad, de la oración, del diálogo espiritual. Y esto enriquece la “sinfonía” con resonancias más profundas y generativas.”.

El Papa recuerda que no hay que borrar las diversidades naturales, de género, de cultura, de raza, de temperamento, de gusto, pero también de gracia y de carisma. Porque en ellas Jesús, que nos eligió y nos llamó a vivir juntos, quiere que escuchemos su voz que nos llama a la comunión en su amor crucificado. La diversidad que instintivamente me hace sentir distante a mi hermano o hermana, es en realidad una llamada de Cristo que nos invita a participar más profundamente en el amor de su Corazón.

A menudo, debemos admitirlo, tendemos a nivelar nuestras diferencias para no molestarnos mutuamente. Al fin y al cabo, nos gustaría que todo el mundo se plegara a lo que consideramos bueno y agradable para nosotros, a todos los niveles: ideas, sensibilidad religiosa, modo de concebir la vida y la vocación, etc. Olvidamos que detrás de las diferencias entre los discípulos de Cristo están los caminos y puentes que Cristo nos llama a recorrer y construir para estar más unidos a Él, para seguirle de cerca, para seguirle juntos. El Papa nos invita a vivir esto en profundidad, recordándonos que ser contemplativos no significa huir de los demás, sino vivir las relaciones con la profundidad de corazón y de amor que Cristo nos infunde al darnos su Espíritu. ¡Cuántas comunidades están divididas o, peor aún, viven relaciones de indiferencia, por miedo a recorrer el camino hacia el corazón de Cristo que cada hermano y hermana es para cada uno de nosotros!

¡Qué misterio pensar que el Señor es el amigo personal de cada criatura humana, que para Él cada discípulo es “el discípulo amado”, que por cada hombre Cristo derramó toda su sangre! Tal vez deberíamos pedir al Espíritu que nos revele ante todo la predilección de Jesús por cada hermano y hermana con los que convivimos, especialmente si no simpatizan con nosotros.

Las primeras notas de esperanza

Muchos nos preguntaremos: “Sí, está bien hablar de una sinfonía de comunión. Pero en comunidades y situaciones en las que parecemos estar reducidos al extremo, ¿cómo podemos tocar una sinfonía que irradie la alegría y la belleza de Cristo?”.

Quizá precisamente porque a menudo me hago estas preguntas, a mí mismo o a las comunidades que visito y acompaño, me impresionó particularmente en la liturgia la lectura de los Hechos de los Apóstoles en la que se narra el encarcelamiento de Pablo y

Silas en Filipos (cf. Hch 16,22-34). La muchedumbre se había sublevado contra ellos, y los magistrados los hicieron golpear violentamente, para luego arrojarlos al fondo de una prisión con los pies encerrados en el cepo. Es difícil imaginar una situación física y moral más deprimente que ésta. ¡Quién sabe qué dolor en todos los miembros apaleados, por las excoriaciones causadas en la piel desnuda! ¡Quién sabe las condiciones higiénicas que debían imperar en aquella prisión! ¡Quién sabe qué turbia compañía debían ser los demás prisioneros!

Pero desde lo más profundo de esta total indignancia humana, Pablo y Silas comienzan a cantar himnos a Dios. Comienzan una sinfonía sagrada. No se detuvieron a lamentarse de su situación y condición, de sus heridas y de la injusticia que sufrían. Ni siquiera pensaron en permitirse un merecido descanso. Se pusieron a cantar y rezar juntos en plena noche. Supongo que la calidad de aquel canto no debía de ser excepcional. Y, sin embargo, sus compañeros de prisión, sin duda hombres de escasa cultura musical o religiosa, no empezaron a gritarles blasfemando para que dejaran de perturbar su sueño. “A eso de media noche, Pablo y Silas oraban cantando himnos a Dios. Los presos los escuchaban” (Hch 16,25). El canto de los dos discípulos atrae a sus compañeros, atrae sus corazones ásperos, agobiados por el vicio y consumidos por quién sabe qué remordimientos. En ellos se despierta el corazón humano hecho para Dios, hecho para el amor, la pureza, la paz, la bondad, la amistad. Incluso sin cantar, sus corazones se unen a la sinfonía de los dos hermanos cristianos lanzados tan violentamente a compartir su triste situación. La continuación del episodio –el terremoto que libera a todos los prisioneros abriendo todas las puertas, la conversión y el bautismo del vigilante que se hace cristiano con toda su familia, el banquete festivo y probablemente también eucarístico– no es sino la resonancia ulterior de la sinfonía iniciada por los dos apóstoles cuando simplemente cantaban juntos en la oscuridad de aquella mala noche. Pero en el corazón de los prisioneros conquistados por el canto cristiano está ya todo el mundo humano al que Cristo vino a traer el Evangelio. Ya cuando aquellos presos comenzaron a escuchar a Pablo y Silas, la misión de los dos apóstoles había llegado a los confines del mundo y de la historia, porque esos confines están en nuestros corazones de pecadores a los que Cristo vino a amar y a salvar, a conducir al Padre.

Basta comenzar a compartir fraternalmente entre nosotros, como Pablo y Silas, la oración y la alabanza a Dios para iniciar una sinfonía que llegue hasta los confines de la tierra. Esta es la verdadera y eterna fecundidad de nuestra vida y de nuestra vocación. Es esto, como nos dice el Papa Francisco, lo que “enriquece la “sinfonía” con resonancias más profundas y generativas.”

Pidamos este don al Espíritu Santo, con María y los discípulos reunidos en el Cenáculo, ¡para redescubrir una fecundidad nueva y esperanzadora en la vivencia de nuestra vocación y misión en la Iglesia y para toda la humanidad!



Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist